

JAIME SABINES

LOS AMOROSOS
CARTAS A CHEPITA

JOAQUÍN
MORTIZ

© 2009, Jaime Sabines
© 2009, Josefa Rodríguez Zebadúa
© 2022, Herederos de Jaime Sabines

© Carlos Monsiváis por De Jaime a Chepita: *“guarda tu corazón; entiérrame en él”*
© Bárbara Jacobs por *Cartas de novios de Jaime Sabines a Josefa Rodríguez*
Diseño de colección: Anónima Content Studio
Arte de portada: Planeta Arte & Diseño / wutypeclan
Fotografía del autor: © Rogelio Cuéllar Ramírez

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial JOAQUÍN MORTIZ M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2026
ISBN: 978-607-39-4342-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

De Jaime a Chepita: «guarda tu corazón; entiérrame en él»

Carlos Monsiváis

Es arriesgado publicar las cartas de amor de un joven de veintidós o veintitrés años, así este joven sea Jaime Sabines, el gran poeta. Pueden ser ráfagas de un temperamento alucinado, o incursiones en la cursilería de la época, acción de la que nadie, por vigilante o previsor que sea, se exime. El peligro allí está, y las repeticiones y la información insubstancial que da fe de intimidad, y la insistencia en lo declarativo, al «te amo» multiplicado como rosario o ritual hindú. Sin embargo, las cartas de Jaime Sabines a su novia, Chepita, con la que se casará y tendrá hijos, admiten claramente su publicación porque, además de atestiguar una vitalidad amorosa en pleno desarrollo, contienen ejercicios de prosa poética con fragmentos muy afortunados que remiten a la gran literatura que ya escribía Sabines entonces. En un sentido muy preciso, en el del mismo impulso lírico, partes de esta correspondencia se vinculan directamente con el ánimo de los dos primeros notables libros de Sabines, *Horas* y *La señal*.

Las cartas despliegan la vida cotidiana de un escritor, y son también, selectivamente, un texto magnífico escrito a los veintidós o veintitrés años de edad. Desde muy joven, Sabines se reconoce en sus obsesiones, en su fascinación por los temas y los sistemas metafóricos que distinguen y señalarán su obra. Desde los primeros textos, él nada tiene que ver con la inexperiencia o el candor, es un escritor que acude a las fuentes primordiales y procura escribir desde la fuerza de los orígenes. En las cartas se reitera su cercanía a la Biblia, lo que incluye al profeta Ezequiel, no por espíritu religioso sino por la necesidad de familiarizarse con la cosmogonía cristiana, la de su formación estricta y vaga a la vez. En la Biblia, que Sabines estudia, se halla el gran lenguaje, el de los Salmos y el libro de Job, y están también, en su vigor de revelación incesante, los orígenes míticos y en ellos el amor sin ataduras que es un gran principio de identidad. *En el principio era el Verbo...* y el *Cantar de los cantares*. El proyecto está a la vista: un lector de la Biblia, muy enamorado, se propone fundar una dinastía que le pertenezca enteramente. *Lento, amargo animal que soy, que he sido*, y en poesía y en momentos de sus cartas Sabines va de los ancestros a los descendientes, y de regreso:

Amargo como esa voz amarga
prenatal, presubstancial, que dijo
nuestra palabra, que anduvo nuestro camino,
que murió nuestra muerte,
y que en todo momento descubrimos.

En las cartas, como en *Horas* y *La señal*, se extiende la mezcla de extroversión y ensimismamiento, de jactancia y humildad que desemboca en un conjunto de insistencias: la

soledad que es un paréntesis entre la protección de las potestades amorosas, la insistencia en la posesión del ser amado que es la manera de extender los límites del Yo, la admisión de las debilidades que delata la ausencia del Bien Preciado. Y de modo incesante Sabines se dirige a su novia pero, también y enfáticamente a lectores que no están allí ni tendrían por qué estarlo. Son envíos de amor que no excluyen a entusiastas de la poesía. Chepita es la primera y genuina destinataria pero no es la única, no porque Sabines se proponga en algún momento dar a conocer cartas que no son propiamente textos y que, por lo demás, sí disponen de una destinataria única, sino porque en esa etapa de su vida (que es en lo básico vida literaria) todo se le vuelve poesía, lo que equivale a decir, todo exige la mirada y la complicidad de los desconocidos, sus semejantes, sus hermanos. He aquí un fragmento de una misiva:

Pórtate bien; cuídate; no te enfermes (es de muy mal gusto eso);
guarda tus ojos; árame; guarda tu corazón; entiérrame en él;
déjame que investigue —mi nombre, mi presencia, mi imagen—
déjame que investigue las últimas células de tu cuerpo, los últimos rincones de tu alma;
déjame que viole tus secretos, que aclare tus misterios, que realice tus milagros;
consérvate, presérvate, angústiate; sufre el amor; espérame
te besa (pero te besa de verdad, medio minuto, un minuto, cuatro litros de sangre, a cinco atmósferas), te besa,
25 de julio de 1948

En otro nivel, la correspondencia divulga lo típico del mundo de Tuxtla Gutiérrez, cerrado, circular, provinciano si se quiere y con ese término. Sabines y Chepita (Josefa Rodríguez) se integran en el mismo sector social de Tuxtla Gutiérrez, donde todos se conocen y a diario se reconocen. «Hoy no lo vi, ¿estará enfermo?». Todos se frecuentan en los bailes y en los numerosos, inevitables encuentros que no son ni podrían ser ocasionales, porque en el ámbito de esas proporciones *la ocasión* no existe propiamente, es el sinónimo de vida cotidiana. Los amigos de ambos son o serán inmediatamente los mismos, la ciudad es la gran familia de esa clase media que todo lo tiene en común y las costumbres son las señas de identidad que se dispersan y unifican en las idas al cine, los paseos en la plaza, el recuerdo preciso de cuántas piezas se bailaron con quién, la información exacta de bodas y duelos. El medio social de Jaime y Chepita es un cernidor de costumbres y prejuicios que inhibe los secretos, a menos que se entienda por secreto aquello que tarda unas horas más en saberse. Sabines le dedica un espacio amplísimo a esa pequeña historia que lo une y reúne con Chepita y lo fortalece consigo mismo, pero esto en la intención de los escritos no es lo fundamental, que consiste en recordarse las semejanzas entre amor encendido y vocación poética:

¿Quieres que te lo diga?: hay un montón de brasas en mi sangre; ¡estoy ardiendo, ardiendo! —Me está quemando el tiempo; me tiene encendido la vida.

Tú —yo— nosotros... Nosotros no importamos nada. Somos un accidente en el amor; nomás un accidente —una caída de piedra, el vuelo de una hoja, un lamento.

Digo que la vida es pura experiencia; que me canso; que me rebelo a sobrevivirme diariamente.

No hay lugar para el místico que soy dentro del ateo que represento. Y no es problema de Dios —hace tiempo abandoné a Dios—; es conflicto de identidad, de realidad.

27 de julio de 1948

Sabines en *Horas* y *La señal*, dos libros notables, muy probablemente los mejores primeros libros de poesía de un gran escritor mexicano del siglo xx, explora los alcances de su espontaneidad, lo que también se manifiesta en las cartas:

Y hacía cuatro horas que estaba solo, en la cama. Empezó a llover. Caía el agua como si fuera el primer aguacero sobre la tierra. Yo padecía de gota en la columna vertebral. Cambiaba de posición cada quince minutos. Bocabajo —como ella—, bocarriba, en decúbito lateral —derecho, izquierdo—, y me dolía mucho el costo transversal derecho y el dorsal mayor. La arteria coronaria te aprisionó. Millones de palabras, como eunucos. Saltaban, gesticulaban, gritaban. Chepita. ¿Cuál? Un nombre. Chepita ¿cuál? Una mujer. Chepita ¿cuál? Chepita. Pero si sumo los litros de agua que caen sobre Tuxtla, y las horas de ausencia, y los largos kilómetros de anhelo ¿qué me queda? Un dolor. Cuarenta grados centígrados. Sulfato de quinina y azul de metileno insuficiente. Tengo dos tumores, dos riñones adentro. Por eso preferí morirme. ¿No fuiste a mi entierro? Sí, sólo faltaste tú. ¡Hubieras visto! No sé quién pronunció un discurso. «Estamos aquí para enterrar a Jaime Sabines. ¡Enterrémoslo!». «¡Vrabo!» (¡Bravo!). Aplausos. Vítores, dianas. «Cuarenta y ocho segundos, por favor, de silencio». Entonces levantaron la tapa del féretro y me echaron

el último puñado de tierra. Yo, por fin, me quedé a solas contigo.

4 de septiembre de 1948

El texto podría, sin duda, pertenecer a uno de sus libros del inicio. «Millones de palabras, como eunucos». La metáfora no es gratuita, responde a la idea de la inutilidad de las palabras cuando carecen de depositario. Un gran indicio del respeto que Sabines tiene por su compañera es que jamás traslada a libros lo que debió considerar hallazgos literarios en sus cartas, son estrictamente efusiones «del alma», y esto es lo propio de un escritor que es uno de los «amorosos» que describiría famosamente. En las cartas, Sabines es un personaje de su poesía posterior.

La sinceridad, la franqueza insólita en esa época, son requisitos de la escritura epistolar de quien no quiere engañar para no caer en el autoengaño de sentirse distinto en la vida y por escrito. Sabines define a su personaje que es él mismo, con leves variaciones, de la persona en trance de verdad:

¿Es posible que, a estas alturas, no creas en mí? ¿O te sientas débil ante la distancia y ante el tiempo? Yo nunca te he jurado fidelidad sexual; no podría ser; es absurdo; tú misma no la deseas. El que yo ande con otra no quiere decir que deje de andar contigo. Tú estás más allá de todo esto, linda. Sería hacerte pequeña introducirte en estas pequeñeces. Tú no eres ni circunstancia ni accidente —te lo he dicho—, tú eres intimidad, esencia.

8 de octubre de 1948

Definirse es situarse de otra manera, siempre de otra manera. Sabines escribe las cartas para, una vez más, persuadir a la amada de la naturaleza total del amor que se le ofrece, y por ello, por ejemplo, necesita plantear con rudeza las diferencias entre enamoramiento y amor, entre lo que otorgan las circunstancias y lo que entrega la certeza: el corresponsal se dirige a la persona más importante en su gran proyecto: construir una familia, *la Familia*:

¿Estoy enamorado en verdad? Yo sé que no es enamoramiento, es amor. Uno se enamora de cualquier mujer, a cualquier hora, en un encuentro fortuito, en una cita premeditada. Yo me enamoro a cada paso, de unos ojos, de una palabra, de un gesto oportuno, de una sugerencia, y no obstante sólo quiero a Chepita. En las demás es pura función estética; en Chepita es dación, entrega indefectible, transferencia.

7 de noviembre de 1948

Un joven se anticipa a las prevenciones de la amada, las ataja, y en la operación de la sinceridad debe verse también la obligación de la poesía: «Yo me enamoro a cada paso, de unos ojos, de una palabra, de un gesto oportuno, de una sugerencia, y no obstante sólo quiero a Chepita». El lugar común le es hostil a Sabines, es territorio enemigo. ¿Quién, sino un poeta, se enamoraría de una sugerencia? No es que Sabines escriba para la posteridad, él lo hace para esa posteridad que es él mismo situado en el goce de sus relecturas, o, tan sólo, en el percibir que no prodiga concesiones, se puede hablar de lo intrascendente porque eso constituye la trascendencia del vivir cotidiano, pero también, se debe profundizar en el amor, y para ello, vehículo privilegiado, nada más está la poesía.

En Chepita, Sabines observa la fuente de su pasión amorosa y de su persistencia lírica. A ratos se dirige a la estudiante de Odontología en la ciudad de México, a ratos a la hija de la familia con la que Sabines ya se familiariza (Tuxtla, la gran familia); a ratos a la joven cuya desconfianza hay que desarmar para siempre; a momentos también, los más característicos de la correspondencia, a la lectora primera de la poesía dedicada a ella pero también dirigida al propio Sabines:

Ve de milagro en milagro, de sorpresa en sorpresa, a lo largo de ti misma. Estás triste, es cierto, pero tú no eres tristeza, tú eres alegría y serenidad y paz. No mires sólo un aspecto de ti misma, un accidente de tu propia substancia; tú eres todas las cosas juntas, y el mar y las estrellas y las rosas se anuncian en ti. No mires tu miseria, no te complazcas en ella; hazla a un lado, apártala, y cultiva lo que todos tenemos de divinidad adentro.

22 de abril de 1949

De vez en cuando, Sabines cuenta lo que es la vida de «bohemia» en la ciudad de México, en ese mundo de la Facultad de Filosofía y Letras en el edificio de Mascaraones, que nunca se nombra. Allí convive con quienes serán escritores importantes: Emilio Carballido, Sergio Magaña, Rosario Castellanos, Ricardo Garibay, y con filósofos muy valiosos: Luis Villoro, Jorge Portilla, Emilio Uranga. Sin embargo, por nombre sólo alude a Chayito Castellanos, su paisana, y a su novio Ricardo Guerra, y allí mismo desmenuza los celos posibles de Chepita. A ella le ofrece vislumbres de comportamientos «insólitos» para lo que han vivido en la ciudad natal, y que requieren la ironía que inmuniza contra las vanidades:

Algunos sábados —*algunos*— mi cuarto está al reventar: los del grupo treinta (pintores), los del «Xenia» (escritores y mampos) y algún otro sin grupo, sobre la cama, en las sillas, sobre el suelo, todos hablan, gritan, cantan, declaman, y cuando ya acabada la botellita de Batey a rigurosa cotización comprada, van desfilando en el laberinto del cuarto vecino, entre la satisfacción común y la paciencia santa de doña Anita. Hay, entre ellos, cuatro ateos y seis mochos, tres salidos de un seminario, y dos hipócritas. La cosa se pone buena, casi siempre con el triunfo de los ateos y el escándalo de los creyentes. Todos escuchan y aplauden mis versos, y se van convencidos de que soy el mejor poeta de México; convencimiento que es necesario reforzar el sábado siguiente, «no estando en mi casa» y culpándolos después de no haber ido a tiempo.

21 de julio de 1949

En las cartas hay también parrafadas donde el enamorado se dedica en exclusiva a ufanarse de su condición de gente común provista de gran dosis de sarcasmo, con el desdoblamiento típico de quien juega a infantilizarse para tranquilizar a la corresponsal:

¿Cómo estás?, ¿no has engordado nada?, ¿qué es eso de tener gripes?, ¿ya se te quitaron las ronchas?, ¿quieres casarte con Jaime?, ¿qué le vas a dar?, ¿puro toloache?, ¿con eso de necesitar tanto el dulce te vas a volver diabética?, ¿qué es lo que te gusta más: el dulce o el toloache?, ¿los dos al mismo tiempo, o primero uno?, ¿si uno primero, cuál? Ahora que yo llegue ¿vas a estar bonita?, ¿qué me vas a dar?, ¿sabías que el pobre de Jaime está reenamorado?, ¿hecho un idiota?, ¿pensando sólo en su Chepita linda, queriendo darle un besito en sus labios

bien abiertos y húmedos?, ¿tú sabes con qué vas a amarrarme para que no te deshaga?, ¿sabes dónde vas a poner mis manos, mi cabeza, mi boca?

1° de diciembre de 1951

Las cartas de Jaime a Chepita son un documento y, con frecuencia, una expresión literaria. Son el retrato vívido de un idilio provinciano, del surgimiento de un poeta que no distingue entre su tarea ya profesional y las consignaciones de su amor específico. Es una descripción de la clase media de Tuxtla, del papel rector y lejano de la política (como quien no quiere la cosa, Sabines refiere su participación en un cortejo electoral), es el desfiladero de ires y venires de familiares y amistades, es el valeroso, y hasta donde Sabines lo reconoce, exitoso enfrentamiento al tedio, y es también y sobre todo la manifestación libre de un gran poeta que en ese tiempo lo es por el descubrimiento tumultuoso, vertiginoso de las metáforas y las secuencias líricas donde el amor, la soledad, el tiempo, la muerte, son las frustraciones y vertientes por donde fluye una poesía extraordinaria:

Acude a tu corazón, acude al mío. Lloro cuando tengas ganas de llorar, pero no estés llorando siempre. Cree que tu dolor es mi dolor, que yo padezco tu hambre y tu sed, que yo también desespero y maldigo, que yo también no sé qué hacer muchas veces. Pero mira también que me levanto y que no confío en la muerte. La muerte no es ningún remedio para el que desea vivir. La muerte es un débil consuelo que no me sobornará nunca. Es aquí en la vida en donde tengo que encontrar remedio de la vida. Y una buena receta es el amor y el saber mirar por encima de mi hombro mis propias penas. Mi miseria

es una parte de la miseria humana. Y pueden sufrir con mi corazón todos los hombres.

17 de octubre de 1949

Los amorosos. Cartas a Chepita es un testimonio, a momentos un formidable alegato lírico y un estar dentro de la mentalidad poética del autor de *Horas* y *La señal*.



Cartas de novios de Jaime Sabines a Josefa Rodríguez

Bárbara Jacobs

Jaime Sabines tenía veintiún años cuando en 1947 empezó a escribir y dirigir a Josefa Rodríguez las cartas que conforman el presente volumen. Él estaba en la ciudad de México y ella en la de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, la tierra natal de los dos. Pero hay periodos en que por motivos no siempre explícitos intercambian su ubicación. Y es la distancia que periódicamente se crea entre los novios lo que, más que sólo hacer físicamente posible la correspondencia, da forma a su amor. Para Sabines, cada separación representa un desgarramiento, y sus cartas son una reparación del dolor incomprensible, inaceptable, que esto le causa. Al ser consciente de la necesidad que experimenta de la amada ausente, del deseo imperioso de su presencia, sus sentimientos lo desordenan o lo violentan tanto que, para reordenarse o domarse a sí mismo, los pone en palabras en una carta. Es el origen de la creación, organizar el caos. Y estas cartas de Sabines modelan su amor por Josefa Rodríguez, su inmediata corresponsal, su próxima y única esposa, la madre de sus hijos, su distante futura viuda. «Josefa como tu nombre, como yo, / quieta agua del silencio, / dime por qué se ha muerto Dios». Un poeta

necesita las separaciones de su ser amado para padecer dolor y añoranza. «Ah, no puedo defenderme más contra tu ausencia y mi soledad».

Las cartas de Sabines lo pintan a él, pero también a ella, «la muchacha de la promesa». Independientemente de la idealización que él hubiera hecho del objeto de su amor, y basándome en exclusiva en lo que las cartas de Sabines me transmitieron de ella, puedo afirmar que Josefa Rodríguez era una joven alegre, afable, enfermiza como buena romántica; armoniosamente integrada en su medio familiar y social, y que, para la época y el lugar de provincia en el que vivía, resultó, por lo menos profesionalmente hablando, adelantada a su tiempo, pues se recibió y trabajó de odontóloga. Por lo que hace a la actitud amorosa, era recatada y fiel. Aunque respondía al amor de Sabines y contestaba sus cartas, no era tan exigente o puntillosa al respecto como él. O tenía más confianza, o estaba más tranquila. Con frecuencia, él le reclama que no le escriba todos los días, como él le ordena que haga, y mandato que espera que ella habrá de cumplir. Quizás ella era un poco tímida. «Si crees que lo que tú quieres contarme me aburre, en vez de carta mándame el periódico», bromea él en una ocasión.

Sabines se presenta en su correspondencia sin reservas de ninguna especie, igual que en su poesía. Va de lo delicado, «Perdóname si creo ofenderte, a veces, cuando piso una flor», a lo áspero, «Yo nunca te he jurado fidelidad sexual». Es admirable su visión de la vida establemente vital y positiva, «Ese “cállate” no quiere decir que nunca digas nada, sino que te calles a ti misma tu dolor y tu angustia, así los transformas; quiere decir que no trates de convencerte a todas horas de que eres miserable». Sabines es tan natural que es capaz de contarle a su novia un sueño en el que él baila con otra muchacha, o de reconocer sin cinismo que se le olvidó felicitarla el día de su cumpleaños. Es tal cual es, y lo expresa, o *se* expresa, sin

ningún tipo de circunloquio o ambigüedad. «Estuve enamorado por allí a dos o tres viejas, me distraje un momento»; pero, «Si te vuelve a hablar el Nacho dile que no cuente ya con mi amistad; que me va a hacer un favor muy grande si no me vuelve a dirigir la palabra». En un elogio que hace de la máquina de escribir, a la que le atribuye la soltura que su expresión escrita alcanza, anota, «Se puede escribir que es de noche, por ejemplo, o que estoy cansado, o que la Lalas está loca, o que tú estás lejos, o que yo no estoy en ninguna parte».

Las cartas que nos conciernen son las de un poeta enamorado y las de un diarista feliz. Su lectura nos lo muestra como empleado de los comercios de su familia en Tuxtla, vendedor de una mercería o de telas o de muebles o de abarrotes que, sin embargo, en los ratos muertos lee y escribe poesía; o como estudiante de letras en la Universidad Nacional en la capital, estudioso, comedido. Se refiere con cariño y respeto a uno de sus maestros, nada menos que «el viejito Torri», y con familiaridad a sus compañeros. Entre ellos, su paisana y amiga, «Chayito Castellanos». También lo vemos como el joven que vive en un cuarto de pensión lejos del hogar, que debe prepararse su propia comida o ir a comer sin compañía y a deshoras en cualquier comedero, o atenderse solo si cae con gripa, lo que, extraño para un hombre corpulento y de aspecto saludable como él, exestudiante de medicina, no fue infrecuente. Amigable, sociable, recibe a sus colegas poetas cuando llaman a su puerta para celebrar con copas el escándalo que ocasionó *Horas*, su primera publicación, «los versos blasfemos» que causaron un ruido que llenó de orgullo a su autor y que agradeció, pues de un golpe lo sacó del anonimato y lo colocó en las primeras planas. Aunque las cartas no están anotadas,¹ por el contexto no

¹ La maestra Bárbara Jacobs conoció una primera versión sin las anotaciones al pie que acompañan esta edición.

es difícil desprender de ellas que buena parte de los nombres que las recorren, de hombres o mujeres con quienes Sabines va al cine o a fiestas o a paseos, se refieren a miembros de su propia familia o de la de su novia. Habla de todos, de sus padres, de los de ella, con afecto y con respeto. Pero cuando sus futuros suegros amenazan con separar a los novios, Sabines se dispone a mandarlos a volar.

A Sabines le gusta vivir. «Algo muy hondo, en algún sitio de mí mismo, se complace viviendo. Yo, como tú, desespero, me angustio, callo, me siento desolado. Pero más allá de todo esto hay una verdad secreta que sabe el corazón: vivir». En sus cartas, como respuesta o advertencia a alguna flaqueza de su novia, como si ella hubiera decidido suspender la atención de algún problema más o menos serio de su salud, procura transmitir a su prometida la fuerza que lo sostiene a él.

Tú no eres solamente tú; hay muchas personas que tienen derecho sobre tu vida... Yo no te voy a dejar hacer lo que quieras de tu vida, porque si la lesionas me lesionas, y todo lo que hagas con ella lo haces conmigo... Cree que tu dolor es mi dolor, que yo padezco tu hambre y tu sed, que yo también desespero y maldigo... La muerte no es ningún remedio para el que desea vivir.

Aunque no es necesario destacarlo, pues en las cartas está permanentemente presente, el sentido del humor de Sabines me divirtió de manera especial. Hay ejemplos casi aforísticos, como en, «Si es un amigo inteligente, me lo pide y le leo mi más reciente poema; si es un tonto, escucho sus problemas». O en, «Todo mundo está bien. Todos piensan que dos y dos son cuatro». Pero hay ilustraciones de su buen ánimo más cotidianas y despreocupadas, como

cuando apunta, «En cuanto llego al cuarto me pongo a dar vueltas como en una jaula. No me dan ganas de leer ni de escribir (y ya sabes que no sé tejer)». O, «Sería magnífico que estuvieras aquí. Harías la cena. Yo te miraría moverte de un lado a otro y no te ayudaría en nada».

La lectura del conjunto de estas cartas de Jaime Sabines a Josefa Rodríguez llega a crear el suspenso de una narración; el lector quiere saber qué sucede después. A pesar de que es lógico que el volumen acabe cuando el novio parte hacia el reencuentro definitivo de la amada, no es sólo la separación lo que termina; también culminan otros aprendizajes que estaban en proceso. El joven Sabines, que en 1951 ya tiene veinticuatro años de edad, ha aprendido a manejar y ha ganado no sé qué beca de «los gringos», que facilitará su matrimonio. Simultáneamente, con todos los exámenes aprobados, incluyendo el de literatura francesa y el de latín, cumplió con su época universitaria y, de forma emocionada y frontal, espera la publicación de su segundo libro, *La señal*, acontecimiento que él vive como si hubiera sido el primero. Lo vemos posponiendo la fecha del tan anhelado regreso a Tuxtla y de su casamiento, debido a los retrasos de la imprenta, a la que acude varias veces al día con el fin de usar su encanto en el trato con los demás y apurar a los empleados. Casi como gran final, lo oímos maldecir a los impresores por su irresponsabilidad. Creía que habían comprendido la naturaleza de su urgencia. Por un momento, lo sentimos perder toda esperanza, igual que cuando escribió, «Bajo por tu carta. Cuando no la encuentro, subo más cansado», pero finalmente gana el buen ánimo. Con el libro impreso, en tanto doblan los pliegos y lo encuadernan, él compra su pasaje y se cita con su amada el lunes 17 de diciembre entre las ocho y las diez de la mañana, en Tuxtla. «¡Qué maravilla!», exclama. «Anoche te soñé. Estabas muy bonita... me enseñabas tu vestido», según le escribe en la última carta.

Índice

Presentación

Josefa Rodríguez viuda de Sabines, Chepita 7

De Jaime a Chepita: «guarda tu corazón;

entiérrame en él» *Carlos Monsiváis* 11

Cartas de novios de Jaime Sabines

a Josefa Rodríguez *Bárbara Jacobs* 23

Cartas a Chepita

Josefa como tu nombre, como yo... 31

1947

1947 35

26 de abril de 1947 37

15 de julio de 1947 37

14 de octubre de 1947	39
Noviembre de 1947	40

1948

12 de enero de 1948	45
29 de enero de 1948	46
29 de febrero de 1948	47
29 de mayo de 1948	49
4 de junio de 1948	50
1º de julio de 1948	51
16 de julio de 1948	54
23 de julio de 1948	57
25 de julio de 1948	59
27 de julio de 1948	63
5 de agosto de 1948	64
10 de agosto de 1948	67
18 de agosto de 1948	70
29 de agosto de 1948	73
2 de septiembre de 1948	76
4 de septiembre de 1948	77
8 de septiembre de 1948	80
Septiembre de 1948	83
8 de octubre de 1948	85

16 de octubre de 1948	87
21 de octubre de 1948	88
7 de noviembre de 1948	89
9 de noviembre de 1948	91
15 de noviembre de 1948	92
19 de noviembre de 1948	93
25 de noviembre de 1948	94

1949

6 de abril de 1949	99
9 de abril de 1949	100
12 de abril de 1949	102
15 de abril de 1949	103
19 de abril de 1949	106
20 de abril de 1949	107
22 de abril de 1949	108
29 de abril de 1949	111
6 de mayo de 1949	114
10 de mayo de 1949	115
17 de mayo de 1949	116
20 de mayo de 1949	118
1° de junio de 1949	118
7 de junio de 1949	119

13 de junio de 1949	120
21 de junio de 1949	122
24 de junio de 1949	124
29 de junio de 1949	124
2 de julio de 1949	125
10 de julio de 1949	126
14 de julio de 1949	127
18 de julio de 1949	128
21 de julio de 1949	129
29 de julio de 1949	132
5 de agosto de 1949	133
6 de agosto de 1949	134
13 de agosto de 1949	134
20 de agosto de 1949	136
21 de agosto de 1949	137
2 de septiembre de 1949	138
13 de septiembre de 1949	139
18 de septiembre de 1949	140
25 de septiembre de 1949	143
2 de octubre de 1949	145
12 de octubre de 1949	146
17 de octubre de 1949	148
28 de octubre de 1949	151

5 de noviembre de 1949	152
16 de noviembre de 1949	153
19 de noviembre de 1949	155
29 de noviembre de 1949	156

1950-1952

11 de enero de 1950	161
13 de enero de 1950	162
20 de enero de 1950	162
27 de enero de 1950	164
8 de mayo de 1950	165
11 de mayo de 1950	167
14 de mayo de 1950	169
17 de mayo de 1950	170
4 de junio de 1951	171
8 de junio de 1951	172
1° de octubre de 1951	174
5 de octubre de 1951	175
9 de octubre de 1951	177
11 de octubre de 1951	179
Día de la Raza de 1951	180
17 de octubre de 1951	182
20 de octubre de 1951	183

25 de octubre de 1951	185
27 de octubre de 1951	186
2 de noviembre de 1951	188
5 de noviembre de 1951	190
10 de noviembre de 1951	194
15 de noviembre de 1951	198
23 de noviembre de 1951	200
28 de noviembre de 1951	202
1° de diciembre de 1951	204
2 de diciembre de 1951	206
6 de diciembre de 1951	208
7 de diciembre de 1951	209
8 de diciembre de 1951	210
13 de diciembre de 1951	212
20 de abril de 1952	213

Una carta más

12 de mayo de 1963	219
Mayo de 1963	220